

EL EJEMPLO DE LAS CRISTALERÍAS DE MATARÓ, COOPERATIVA OBRERA

Capítol xvi del llibre inèdit "La vida ejemplar y la muerte heroica de Juan Peiró Belis". El capítol xviii, "El 18 de julio de 1936 en Mataró", es va publicar en el llibre de la Sessió d'Estudis Mataronins de 2001.

Cristalerías de Mataró, Cooperativa Obrera, es la obra sindicalista revolucionaria que más cerca llegó del mítico comunismo libertario. Pero en exergo de su éxito comercial, el mérito de los vidrieros de Mataró es el de haber demostrado con hechos que un proletariado bien organizado y mejor dirigido puede prescindir de la tutela patronal, terminando con el paro forzoso y la explotación del hombre por el hombre. Fue una obra revolucionaria en todos sus aspectos industrial, económico, cultural y solidario.

Sin intención alguna de minimizar la experiencia revolucionaria de 1936 a 1939 realizada al socaire de una sublevación fascista, obligados estamos de confesar que a pesar de la leyenda que dice que en España no hubo «creación» de entes colectivos sino «incautación de industrias» en marcha y convertidas en colectividades al socaire de un «incidente» histórico no provocado y convertido en «revolucionario». Entre «Creación y Experiencia» la palabra no tiene el mismo alcance; entre incautarse de los medios de producción caídos entre nuestras manos por el sesgo de una revolución impuesta por las circunstancias y «crear de la nada» un ente colectivo por el esfuerzo evolutivo de un puñado de hombres en medio de un ambiente político hostil y contrario a sus designios, existe un importantísimo matiz. Se puede afirmar que sin la sublevación fascista no hubiese habido experiencia colectivista, ni el mundo descubierto la capacidad revolucionaria del pueblo hispano. Evidencia que acentúa el abolengo revolucionario de los obreros vidrieros de Mataró y el fulgor ejemplar de su obra, faro y guía del anarcosindicalismo español. Obra magna que no debió nada a un fortuito e inesperado fracaso de una revuelta militar sino al empecinamiento ideológico de unos hombres que pusieron en práctica sus postulados sin esperar la eventualidad de una explosión revolucionaria.

La creación de una colectividad industrial fue la obra de Josep Ros Serra, empeñado a pesar de las circunstancias políticas adversas de crear una Cooperativa Obrera. Pero entre su idea y la realización había el inconveniente mayor de la falta de fondos económicos, pero tenaz fue a buscar en la escarcela de tres socios el

dinero necesario para llevar a cabo su idea. Pau Pi, Josep Juan y Timoteu Estanyol, que así se llamaban sus socios capitalistas, no veían en la futura empresa otra cosa que unos medios de hacer prosperar el dinero invertido, pero Josep Ros Serra los llegó a convencer de dejar la empresa a los obreros si en cinco años estos estuvieran en medida de hacerse cargo del pasivo y del activo de la industria, que empezó a trabajar con el nombre de Juan, Estanyol y Compañía.

Como era natural, acordaron a los obreros el salario estipulado por las organizaciones sindicales, además de una suficiente participación en los beneficios para que en cinco años estuvieran en condiciones económicas de hacerse cargo de la industria.

Era en el año 1922 y Joan Peiró, recientemente liberado de la cárcel de Vitoria y que podía volver a trabajar en Can Oliver, empresa que trabajaba cuando fue detenido en una reunión clandestina en Castelldefels y conducido a Vitoria en «conducción ordinaria», decidió incorporarse a Can Estanyol donde había la posibilidad de sembrar sus ideas colectivistas.

Los dos primeros años fueron de una imprevisible prosperidad y los beneficios tales que los cinco socios procedieron a una repartición de los mismos, considerando que con los tres años restantes los obreros estarían en condiciones de reunir el capital necesario para hacerse cargo de la empresa.

Se repartieron cerca de cien mil pesetas entre una cincuentena de obreros, aumentando, además, los salarios en un treinta por cien; gesto eufórico que la crisis del ramo del vidrio de 1924 demostró la imprudencia. La jornada fue reducida a seis horas con la consiguiente reducción de salario, aunque, y a pesar de la reducción horaria, los obreros siguieron cobrando lo que otros percibían por ocho horas en las fábricas patronales. Superada la crisis llegó el momento de disolver la sociedad, pero debido a la imprudente repartición de beneficios y la crisis que siguió a los obreros no disponían del capital necesario para hacerse cargo de la empresa, lo que aprovecharon los socios para revocar el acuerdo de entregar la fábrica a los obreros, proponiendo a Josep Ros Serra de continuar como sociedad anónima, pero Ros Serra y Pau Pi, uno de los socios, se opusieron enérgicamente; discordia que los llevó delante de los tribunales que determinaron el cierre de la fábrica durante seis semanas; se nombró una comisión liquidadora que tasó la empresa en 135.000 pesetas y la puso a subasta, solución que no satisfacía a nadie y el pleito fue resuelto amistosamente. Con el capital de Pau Pi, el de los obreros y el suyo, Josep Ros Serra se hizo cargo del activo y del pasivo de la industria y a partir del mes de mayo de 1925 empezaron a trabajar en colectividad con el nombre de «Fundación José Ros Serra», porque durante la dictadura de Primo de Rivera era imposible de trabajar como colectividad declarada.

Joan Peiró redactó los estatutos de la nueva colectividad, que fueron aprobados por Joan Saña, Salvador Cruxent, Manuel Periago, Jaume Bartrolí, Josep Estrems y Carles Viladevall y ratificados por la Asamblea General.

La viabilidad de Cristalerías de Mataró, Cooperativa Obrera, suponía un intolerable triunfo de una iniciativa audaz que se atrevía a desafiar los ancestrales privilegios de la burguesía. Había que destruirla y la patronal vidriera no escatimó ni prendas ni medios; todos los golpes fueron buenos para acular la colectividad a la ruina. Pero la patronal vidriera no había tenido en cuenta la capacidad de resistencia de aquel puñado de hombres, que no teniendo nada a perder luchaban animados por la férrea voluntad de continuar hasta el fin el desigual combate. Y como el mitológico David venció a Goliat, los vidrieros de Mataró vencieron a la poderosa patronal gracias a su porfía y a la solidaridad moral y económica de la clase obrera autóctona que, plenamente consciente del juego social que significaba la lucha entablada entre aquellos obreros y la patronal, les apoyaron con toda la fuerza y determinación de que es capaz el proletariado cuando la lucha es justa y humana. Inapreciable solidaridad que posibilitó el triunfo obrero contra el omnipotente trust vidriero; facilitado, además, por las brechas que el egoísmo y el interés abren en las más sólidas murallas, fueren éstas de la tan cacareada solidaridad capitalista. Con negarse indefinidamente a adquirir sus productos, la patronal del ramo hubiese consumado la ruina de la neo-colectividad, pero lo que interesa a la patronal con mucha más ubicuidad que a las demás clases sociales, son los beneficios inmediatos, vengan de donde vengan y, en el caso concreto de Cristalerías de Mataró, lo que vieron ciertos empresarios fueron las tarifas propuestas y la calidad de los productos ofrecidos.

La reducción de las tarifas limitadas a un tiempo determinado, era para los obreros vidrieros mucho más factible que para el propio trust patronal, por la simple razón que los primeros, para imponerse comercialmente, hubiesen, si hubiese sido necesario, trabajado sin percibir un céntimo. ¿Cómo lograron aguantar? Gracias a la ayuda moral de la clase trabajadora mataronense, y en parte a la involuntaria contribución de los payeses coterráneos con sus patatas, tomates y cebollas y demás hortalizas que regularmente desaparecían de sus campos a favor de la noche, y que a pesar del enojo que les producían tales hurtos, contribuyeron a sacar adelante una obra revolucionaria sin precedentes.

Pero a pesar de la solidaridad recibida y de los empréstitos nocturnos, un natural e inevitable desaliento empezaba a germinar entre los trabajadores. Pero lo mismo que para los borrachos debe existir un Dios para las justas causas. Y ese imponderable fue que una empresa de Madrid, clienta de Cristalerías, hizo quiebra y para pagar lo que debía le dejó a Cristalerías un inmueble en Madrid, lo que obligó a Salvador Cruxent, administrador de Cristalerías, a hacer un viaje a Madrid, aprovechando el mismo para realizar una entrevista con la famosa empresa O.S.R.A.M., una de las más potentes en el montaje de focos eléctricos. La audacia y la dificultad de la gestión era que en la misma calle y casi frente por frente de la sede de la O.S.R.A.M. se levantaba una fábrica del trust vidriero elaborando la misma mercancía que le venía a ofrecer una empresa distante en setecientos kilómetros y cuya pérdida sería seguramente superior a la que podía ofrecer un transporte que se limitaba a cruzar la calle. Consciente que a condiciones iguales tal desventaja hacía ilusoria toda tentativa, Salvador Cruxent ofreció a la O.S.R.A.M.

de entregar la mercancía elaborada en Mataró a menos precio que la empresa rival, cargando, además, con las pérdidas inherentes al transporte y de los focos perdidos en curso de montaje por defectos de producción. Excepcional oferta que la O.S.R.A.M. se apresuró a aceptar haciendo un pedido experimental de un millón de unidades, que suponía para los neo-colectivistas, lo que el maná en el desierto para los judíos.

Para seguir imponiendo su producción, a los vidrieros de Mataró no les quedaba más recurso, aparte el de las bajas tarifas, de mantener la extrema calidad de sus focos, imponiéndose una seria y rigurosa selección, resultando de que productos que en las empresas patronales libraban como de primera categoría, en Cristalerías de Mataró iban al tonel y destruidas por defectuosas. El control era tan riguroso que la más mínima impureza del cristal o defecto de mano de obra era suficiente para considerar el foco invendible. Era tan impecable la calidad de los productos manufacturados por Cristalerías de Mataró, que durante el tiempo que el trabajo se hizo a mano y soplado a boca, era de una importante referencia profesional al haber trabajado en ellas. Cuando nosotros al llegar a Francia pedimos trabajo a las Cristalerías de Courbevoie, al pedirnos la referencia de dónde habíamos trabajado en España y decirles que en las Cristalerías de Mataró, no nos pidieron nada más y nos dieron trabajo como especialistas. Es más, gracias a la esmerada selección de sus productos que a la baja de sus tarifas que Cristalerías de Mataró llegaron a imponerse definitivamente, siendo hoy una de las únicas si no la única industria competitiva en el plano internacional.

Pero todo ese proceso de implantación industrial no hubiera sido posible sin la presencia de una élite de hombres como Joan Peiró, su alma y su director. Su carisma y personalidad le permitieron de imponer una serie de medidas que evitaron a Cristalerías los inconvenientes de la impreparación ideológica de los neo-colectivistas, que por sus exigencias revolucionarias inmediatas llevaban la colectividad a la ruina. El idílico concepto anárquico de «cada uno según sus fuerzas, a cada uno según sus necesidades», probablemente aplicable en un contexto revolucionario total, es imposible de aplicar en el argado de una sociedad capitalista en cuya atmósfera industrial se movían las Cristalerías, a pesar de que su régimen interior fuera el de una colectividad revolucionaria, por los imperativos políticos y comerciales, para todos los efectos tenía que plegarse a las necesidades generales impuestas por la ley de la concurrencia, así como la de la producción: o se aceptaba esa ley común con todas sus exigencias o desaparecían del universo industrial. Era la disyuntiva que imponía la presencia de una colectividad obrera en el seno de la sociedad capitalista; era un problema de comprensión, difícil de asimilar a los maximalistas que lo condicionan todo a la revolución sin compromiso ni matices.

El concepto primario que quiere que en toda circunstancia toda empresa de signo revolucionario debe funcionar según la teoría antes mencionada, fue el motivo de múltiples polémicas y es, en esa fase crítica, donde la demagogia tiende a prevalecer, que la presencia de hombres como Joan Peiró se hacen sentir. Su subjetiva interpretación de los problemas y el realismo de sus proposiciones hizo

comprender a la mayoría de los vidrieros que si sociológicamente ninguna fórmula revolucionaria es más ecuánime que la de «cada uno según sus fuerzas, a cada uno según sus necesidades», ella reposa sobre la condición esencial de que los hombres sean capaces de vivirla. Aserción que no tardó en verificarse.

Desde sus inicios, en Cristalerías de Mataró se había aplicado la fórmula máxima de los postulados ácratas sin tener en cuenta que el hombre está muy lejos de haber llegado a la perfección ética que la aplicación requiere; libertarios o no, salvo raras excepciones, los humanos somos las víctimas inconscientes del egoísmo, la envidia y bajas pasiones que dificultan prácticamente la aplicación de la teoría más avanzada. Ejemplar es la experiencia vivida por Cristalerías de Mataró. Creada por militantes anarcosindicalistas, en la colectividad se trabajaba sin otra coacción reglamentaria y moral que la infligida por la conciencia de los trabajadores aplicando a rajatabla la fórmula libertaria. Pero no basta que los hombres se tilden de anarquistas, lo que se imponen es que lo sean de verdad; eufemismo que en la mayoría de los casos es una pura realidad. El hombre es incapaz de vivir en libertad total; el comunismo libertario, finalidad filosófica del anarquismo, es tan utópico como el cielo de los católicos; una meta inaccesible pero a la cual hay que hacer lo posible para acercarse al máximo cubriendo paulatinamente las etapas. En Cristalerías se aplicó inmediatamente la célebre fórmula ácrata, pero las «fuerzas de la mayoría de vidrieros eran tan escasas» que la producción industrial llegó hasta los índices más bajos; al final de la jornada los crisoles quedaban lamentablemente llenos de cristal y la producción individual largamente insuficiente, con la consiguiente pérdida de inestimables materias primas y la imposibilidad de hacer frente a los pedidos de los clientes que tanto había costado de conquistar. Así murieron la mayoría de neo-colectividades y así peligró de terminar las Cristalerías de Mataró, Cooperativa Obrera, a pesar o debido a que la mayoría de vidrieros eran militantes libertarios.

El ideario anarquista, por excelso que sea, tiene la dificultad de depender exclusivamente de la ética individual, pero muy a menudo son los propios libertarios –o quienes se pretenden tales– los que con su irresponsabilidad lo desacreditan. Por ejemplo, los libertarios que en las empresas patronales elaboraban sin chistar 700 piezas, apenas si tenían en Cristalerías de Mataró las suficientes fuerzas para llegar a producir 300, pero como se trataba de una obra revolucionaria había que gozar «inmediatamente» de sus beneficios sin comprender que si intramuros habían hecho la revolución era imprescindible que ésta fuera afirmada industrialmente en el seno de una sociedad capitalista que no les daría ninguna tregua y que para afirmarla no procedía trabajar «menos y sin control», sino todo lo contrario, pues el hecho duradero de la obra revolucionaria dependía de una producción responsable.

En estos momentos de crisis moral, que toda organización política, sindical o industrial puede apreciar el hecho de contar en su seno a una serie de hombres responsables con el suficiente carisma para enfrentarse con las situaciones difíciles, sacrificando su popularidad, privilegio que sólo está al alcance de los revolucionarios

de abolengo como Joan Peiró. Las Cristalerías estaban en peligro por la inconsciencia de los productores y sin alharacas demagógicas planteó el problema de fondo, haciendo resaltar el peligro que hacían correr a la Colectividad los abusos y la irresponsabilidad. Si los vidrieros querían salvar la fábrica, deberían en el futuro ceñirse a una cuota obligatoria de trabajo, mucho menos elevada que las que estaban en vigor en las empresas burguesas, pero lo suficiente para asegurar la continuidad económica de la empresa; por el contrario, de continuar jugando a los revolucionarios, significaba el cierre inmediato de la industria. Desde luego, la aplicación de los juiciosos argumentos avanzados por Joan Peiró suponía la anulación pura y simple de la fórmula libertaria de «cada uno según sus fuerzas, a cada uno según sus necesidades», pero salvaba una industria que la inmadurez ideológica de sus componentes llevaba al auto-suicidio.

No obstante las medidas adoptadas, nadie olvidaba que las Cristalerías eran una obra colectiva y por ende revolucionaria, por lo cual las cuotas horarias de trabajo eran un 25% inferiores a las que eran practicadas en las empresas burguesas y los obreros podían optar entre dos cupos de producción, uno mínimo y obligatorio, otro máximo y discrecional. El primero obligaba al vidriero a producir 530 piezas diarias por un sueldo de 75 pesetas, y el segundo 575 por un sueldo de 100. La diferencia entre ambos cupos eran tan mínima y el margen que separaba los sueldos tan amplio, que todos los vidrieros, libertarios o no, encontraron milagrosamente las «fuerzas» para llenar el segundo cupo de producción.

Aparte esa indispensable corrección en los métodos de producción, las Cristalerías eran un modelo de ejemplo revolucionario. Prácticamente no había horario fijo; cada vidriero coordinaba su trabajo a sus facultades físicas y profesionales. Satisfecha su cuota obligada o facultativa, el vidriero era libre de marcharse, pues para evitar la auto-explotación dado el innato egoísmo del hombre —el reglamento interno de Cristalerías estipulaba que las piezas en superávit no serían abonadas—, cláusula a los vidrieros a ceñirse a la cuota prescrita. El excedente, si excedente había, era propiedad del productor que podía cederlo a otro compañero de trabajo que, por una razón u otra, no había podido llenar su cuota. Sobrante que el operario podía acumular e invertir para recuperar alguna jornada perdida por causa independiente de su voluntad, como podía ser por un entierro u otra obligación administrativa. En exergo del salario, el cooperador recibía el tanto por ciento de los beneficios calculados sobre los días trabajados y socialmente estaba cubierto, así que toda su familia, por el seguro de enfermedad interno de Cristalerías, sin que por ello le fuera descontado un céntimo de su salario. Un caso digno de señalar es el que se refiere al Sanatorio creado por la colectividad vidriera.

Terminada la Guerra Civil y cuando llegó el momento de saldar cuentas, el balance del atentado fascista fue físicamente terrible. El hambre y las privaciones habían dejado un rastro cruel; la tuberculosis proliferaba por doquier, coadyuvada por la miseria el terrible bacilo hacía estragos en los organismos debilitados, y el desgraciado que contraía la pavorosa enfermedad era considerado como un difunto en potencia dada la carestía de medios terapéuticos que España sufría. Problema

insoluble que las autoridades eran incapaces de resolver. Las Cristalerías contaban también con su contingente de enfermos que hubieran sido condenados de antemano a ser internados en los hospitales del Estado. Urgía resolver el problema y las Cristalerías optaron por crear sus propios medios terapéuticos instalando sus enfermos en ciertas masías de la montaña donde el aire puro y una alimentación adecuada salvó a la casi totalidad de los pacientes de las Cristalerías.

Su «Escuela Moderna» era también otro de los motivos de orgullo de las Cristalerías. Incautada por los salvadores de la cultura y del orden social, al terminar la guerra ella sirvió para albergar un centro de Falange, convirtiéndose en un antro de la incultura lo que había sido un modelo pedagógico. Sus aulas abiertas a todos los hijos de los obreros, fueran o no cooperadores, era gratuita y obligatoria para los aprendices de la Cooperativa hasta la edad de 18 años. La Escuela, además de sus cursos diurnos, aseguraba también clases nocturnas y gratuitas para los adultos que desearan acrecentar sus conocimientos; dos de los profesores de los cinco que formaban el cuadro docente, daban clase de francés e inglés. La mayoría de cuadros técnicos de las Cristalerías habían sido formados en la Escuela y su especialización en las facultades adecuadas subvencionadas.

Otra de las singularidades que ofrecían las Cristalerías en el orden social consistía en que todo obrero perseguido por delitos político-sociales seguía percibiendo su sueldo íntegro durante el tiempo de su encarcelación. A consecuencia de la represión que siguió la sublevación del 6 de octubre de 1934, Joan Peiró, Salvador Cruxent, Manuel Mascarell y otros miembros de la colectividad del vidrio fueron detenidos y encarcelados en la Modelo o en el buque prisión «Argentina», siguiendo percibiendo su sueldo íntegro como si su presencia en las Cristalerías fuera efectiva.

Generalmente en las raras colectividades existentes, los postulantes debían aportar una suma inicial; en las Cristalerías toda admisión se efectuaba sin el más mínimo aporte económico. La entrada de nuevos cooperadores era determinada por las necesidades de manos de obra y sus requisitos extremadamente limitados; la principal exigencia hecha al postulante era que fuera de una conducta moral intachable. Formulada su petición, el nombre del postulante era inscrito en una tablilla durante ocho días para conocimiento del personal de las Cristalerías. Si durante estos ocho días el postulante no era objeto de ninguna impugnación, el aspirante a cooperador entraba a formar parte de la colectividad con los mismos derechos y deberes, ventajas y prerrogativas que los demás obreros; pero si una impugnación era formulada, el litigio era llevado delante de una Asamblea General, frente la cual el impugnado y el impugnador exponían las razones de su denuncia y defensa. Si el primero demostraba que el postulado era indigno moralmente de pertenecer a las Cristalerías, su demanda era simplemente anulada; por contra, si el impugnador no aportaba suficientes pruebas contra él y la Asamblea consideraba infundada la denuncia, el postulante era acogido en el seno de la colectividad. Procedimiento que demuestra, por si fuera preciso el alto grado de democracia que imperaba en las Cristalerías de Mataró, Cooperativa Obrera.

La ejemplaridad de la administración interna de todo ente colectivo llamado a trabajar y vivir en conjunto, es determinante; de ella depende el éxito o el fracaso de la obra social. Si los Estatutos convertidos en las Leyes que rigen la marcha de toda colectividad política, social y económica no se adaptan a su fisonomía, a su ética y no son rigurosamente observados, difícilmente se puede llevar adelante una empresa democrática cuyo motor esencial es el hombre. La claridad de sus Estatutos, obra personal de Joan Peiró, fue preponderante en el éxito moral y económico de las Cristalerías. En capítulo aparte, transcribimos la totalidad de los mismos.

La dirección de las Cristalerías era asegurada por tres comités distintos: la Junta de Gobierno, elegida por dos años en Asamblea General, el Comité Técnico y el Consejo de Administración de carácter permanente que aseguraban la marcha de la empresa, aunque sus decisiones tenían que ser revalidadas por la Junta de Gobierno, máxima instancia de la empresa.

En general, y de tiempos inmemoriales el clima de los hornos de vidrio se caracterizaba por su fondo sórdido y amoral, a pesar de que su ambiente psicológico se hubiera sensiblemente humanizado con la creación del sindicato y la presencia de Joan Peiró a la barra a la Presidencia de la Federación Nacional de Industria, de la cual asumió los destinos durante ocho años consecutivos.

El fracaso industrial de la mayoría de colectividades de producción de antes de la guerra, a menudo se atribuyeron a la presión ejercida por la burguesía; en realidad las verdaderas causas del insuceso debíanse al mórbido afán de lucro que inclinaba a los neo-cooperadores a un imprudente e inmediato reparto de beneficios que económicamente dejaba la colectividad a la discreción de la presión patronal y de la coyuntura económica e industrial. Si esta era buena, la empresa continuaba su camino; si resultaba mala, la empresa falta de recursos se hundía irremediamente. Conscientes de tal peligro, los obreros de Mataró obviaron de cometer tal imprudencia. En vez de ser repartidos, los beneficios eran acumulados e invertidos en la empresa para su constante evolución industrial y como resguardo en caso de una crítica coyuntura económica como la de 1924. Beneficios capitalizados que el cooperador recibía a su jubilación o antes si por alguna circunstancia tenía que abandonar la empresa.

Por otra parte, las Cristalerías no descuidaban su vocación revolucionaria. Caso único en la historia social, la colectividad del vidrio destinaba el 20% de sus beneficios netos para obras sociales; capital destinado a la creación de empresas de carácter colectivo, subvención de conflictos huelguísticos y demás ayudas múltiples. Un rasgo entre otros que singularizaba la acción revolucionaria de los «vidrieros reformistas» de Mataró, rasgo solidario que pone de relieve las inmensas posibilidades de lucha del proletariado cuando éste es inteligentemente aconsejado.

Particularidad solidaria que era notoria en los medios obreros y a la cual recorrían a menudo para solicitar ayuda. Pero los que con más asiduidad recorrían a su solidaridad eran sus compañeros de ramo de Igualada, a menudo en huelga

y por lo mismo frecuentemente recorridos. Pero la ayuda económica si solía solucionar algunos problemas, ganar una huelga, no atajaba el mal endémico, lo que obligó a los vidrieros de Mataró a reconsiderar el problema por estimar que su ayuda sería más enjundiosa si se atacaba la raíz del problema social que fomentaban los periódicos conflictos huelguísticos de los vidrieros de Igualada. Su pasmo fue mayúsculo cuando cierto día que una vez había recurrido a la ayuda de las Cristalerías, éstas les ofrecieron en vez de una ayuda económica inmediata, la oportunidad de terminar con los endémicos enfrentamientos con su patronal con la construcción de un horno de vidrio financiado por las Cristalerías y con sus propias modalidades internas. Aceptada la iniciativa, se buscó en Igualada el local a propósito y los obreros especializados de las Cristalerías empezaron a construir los hornos. Seis meses más tarde, la empresa era una realidad.

Aleccionados por su propia experiencia, los vidrieros de Mataró hicieron un sustancial avance económico a los neo-colectivistas, lo suficiente importante para poder salvar con toda tranquilidad los primeros seis meses de su vida industrial. Gracias a los consejos prodigados, los resultados fueron de lo más convincentes, desmintiendo la estúpida leyenda de que los obreros no pueden prescindir el yugo capitalista; fábula que se desmorona cuando la clase obrera decide responsablemente de prescindir del concurso empresarial, evidenciando de que si los obreros pueden soslayar la tutela patronal, éste, por contra, en ningún caso puede desdeñar la contribución proletaria. Embarazosa situación en que se encontró el empresario del horno de vidrio de Igualada que, a pesar de recurrir al clásico expediente del «esquirolaje» importando mano de obra extraña a la ciudad, cedida casi siempre por la patronal del ramo, no pudo hacer frente a la lucha que le opuso la colectividad eficazmente sostenida por sus compañeros de clase.

Tras unos meses de pugilato, la empresa capitalista se vio obligada a cerrar las puertas y con su derrota rubricaba la victoria de la audaz iniciativa de las Cristalerías de Mataró. Proeza revolucionaria que hizo más adeptos por los postulados de la C.N.T. que no lo podían haber hecho mil mítines y conferencias, conquistando para ella, además, el respeto y la admiración de la gente extraña a los medios confederales y que comprendían mejor que la propia F.A.I. el alcance revolucionario de la obra realizada por los vidrieros confederales de Mataró. Resueltamente impermeable a toda realización de carácter colectivo, la F.A.I. consideraba como «reformista» a todo aquél que como Peiró las preconizaba, a pesar de que nadie medianamente sensato podía negar la espiritualidad revolucionaria de las Cristalerías de Mataró, llegando al sectarismo de algunos faístas hasta el extremo de proponer en un pleno de la C.N.T. la expulsión pura y simple de los obreros vidrieros de Mataró, porque éstos habían dejado de ser obreros asalariados al convertirse en patronos, situación que los Estatutos de la C.N.T. condenaban.

Supina estupidez o maniobra infame que no llegó a prosperar a pesar de la porfía de algunos de los detractores de Joan Peiró. ¿En nombre de qué principio podía retirarse la cualidad de militantes sindicalistas a unos hombres que con su

obra habían logrado cristalizar los postulados más avanzados del anarcosindicalismo? ¿Cómo podía pedir la F.A.I. la exclusión de unos obreros que estaban viviendo la experiencia revolucionaria más cerca del comunismo libertario? ¿Dada la coyuntura política, era posible ir más lejos? Nadie lo había logrado y difícilmente nadie lo logrará, pues a pesar de todas las alharacas dogmáticas la sociedad de los hombres jamás llegará a vivir en comunismo libertario integral, la ignata imperfección de la raza humana lo excluye totalmente. Personalmente, como libertario me daría por satisfecho si el proletariado universal llegara al alcanzar el estadio revolucionario conseguido por los obreros vidrieros de Mataró, por el sesgo de su obra modélica de autodisciplina y de libertad individual. Su avance social era tal que si la segunda República hubiese triunfado del fascismo, instaurando el más avanzado de los socialismos, el salto democrático de los españoles no hubiese alcanzado a la vanguardia revolucionaria que formaban los obreros de las Cristalerías. Hubiera sido probable que la victoria republicana hubiese dejado de ser revolucionaria al ser controlada por el Partido Comunista, se hubiesen otorgado ciertas ventajas sociales al proletariado español; ventajas político-sociales muy por debajo de las que ya gozaban los obreros de las Cristalerías de Mataró, Cooperativa Obrera. Obra ejemplar que levaba la estampilla revolucionaria de Joan Peiró.

Si la victoria del fascismo fue para España y para los españoles una pura calamidad, para las Cristalerías fue un verdadero asesinato social. Todos sus proyectos fueron irreversibles. Poner la máquina al servicio del hombre era la ambición de los obreros vidrieros; demostrar con hechos que el progreso mecánico arrancado al monopolio del capitalismo era libertad en vez de esclavitud y que la ciencia y la técnica al servicio del pueblo contribuiría a la felicidad universal. Con su ejemplo los obreros vidrieros querían trazar el camino que en el futuro tendrían que seguir los sindicatos obreros si no quieren ser aplastados por su propia inercia y la evolución constante del progreso técnico industrial. Los objetivos del sindicalismo revolucionario han rebasado el estadio de sus clásicas reivindicaciones; el mendigar un aumento de sueldo o la limosna de una reducción horaria no tienen ningún objeto puesto que son puestas en tela de juicio por la depreciación de la moneda y el progresivo coste de la vida. Situado en el contexto social de nuestro siglo, el sindicalismo revolucionario tiene la misión de arrancar de las manos del capitalismo la riqueza social y las fuentes que la producen para ponerlas al servicio de la colectividad nacional. ¿Qué es la revolución? qué duda cabe, pero la revolución por el sesgo de la evolución. Es de vital importancia que el proletariado tome conciencia de su fuerza; que llegue a persuadirse que frente al poder político, económico y coercitivo del Estado y el Capitalismo, la clase obrera detenta el Poder de sus brazos, sin los cuales el Capitalismo y el Estado no son nada más que un Sansón, al cual el proletariado hubiera cortado los pelos a cero. De potencia a potencia, la fuerza de choque del proletariado es superior a la del Capitalismo. El nudo gordiano que la clase obrera puede cortar con la espada colectiva de empresas como las Cristalerías de Mataró.

Es evidente que la libertad político-social es siempre tributaria del control de la economía; teoría empírica que el buen sentido aconseja. Sin duda el sueño de

una Revolución Social ejerce sobre las masas desheredadas un influjo romántico; pero la felicidad de los hombres en marcha hacia el socialismo no se puede confiar a un idílico romanticismo. Desde el fondo de la prehistoria los hombres vienen discutiendo de la manumisión de la humanidad, pero ésta sigue dividida en clases sociales de explotados y de explotadores. En un momento de la historia, Francia y Rusia rompieron el gélido muro de la sumisión e hicieron su revolución. Sin embargo, ¿qué es lo que queda de esas grandes gestas? Aparte de las bellas frases de libertad, igualdad y fraternidad inscritas en los frontispicios de los edificios oficiales y perdidas entre las páginas de unas Constituciones perennemente violadas, las diferencias de clase siguen siendo vigentes porque ninguna de las dos convulsiones políticas que hicieron temblar el mundo no fue completa; porque en ninguna de ellas, detrás de la revolución política, apareció la revolución económica, la única susceptible de conquistar el apoyo de las masas populares y asegurar su perennidad social.

La justicia social reposa en la justa repartición de la riqueza nacional, riqueza que al ser repartida sin la participación y fiscalización de los sindicatos obreros no puede tener otro destino que el de las cajas del Capitalismo y del Estado. Injusta repartición que engendra el descontento social y es el germen de fraticidas enfrentamientos y de universales cataclismos. Principio inmutable sobre el cual Joan Peiró y los vidrieros de Mataró habían injertado su ambicioso proyecto que el fascismo no permitió de llevar a cabo. La idea, como todas las ideas geniales, era simple; el sueño que se perfilaba, partiendo de la tangible realidad de las Cristalerías, era de convertir Mataró en un banco de ensayos sociales, exportando su propio suceso industrial hacia otras esferas de la economía local, facilitando económicamente la creación de una red de colectividades estrechamente unidas entre sí y cuya vida económica sería administrada por un Banco Sindical; empresas colectivas surgidas tras una concertación entre los diversos sindicatos interesados que serían los responsables de los estudios preliminares determinando las posibilidades industriales de los entes colectivos en estudio. Obra de proyección revolucionaria de genuino márchamo anarcosindicalista que podía haber cambiado la faz social de España y que murió en flor el 18 de julio de 1936, asesinada por el fascismo.

Josep Peiró Olives



Primer edifici de la fàbrica de vidre Juan, Estanyol i Cia, origen de Cristalleries de Mataró, al carrer del Rierot, 43-61, cantonada amb el passatge del Forn del Vidre, on va començar a treballar Joan Peiró a Mataró.

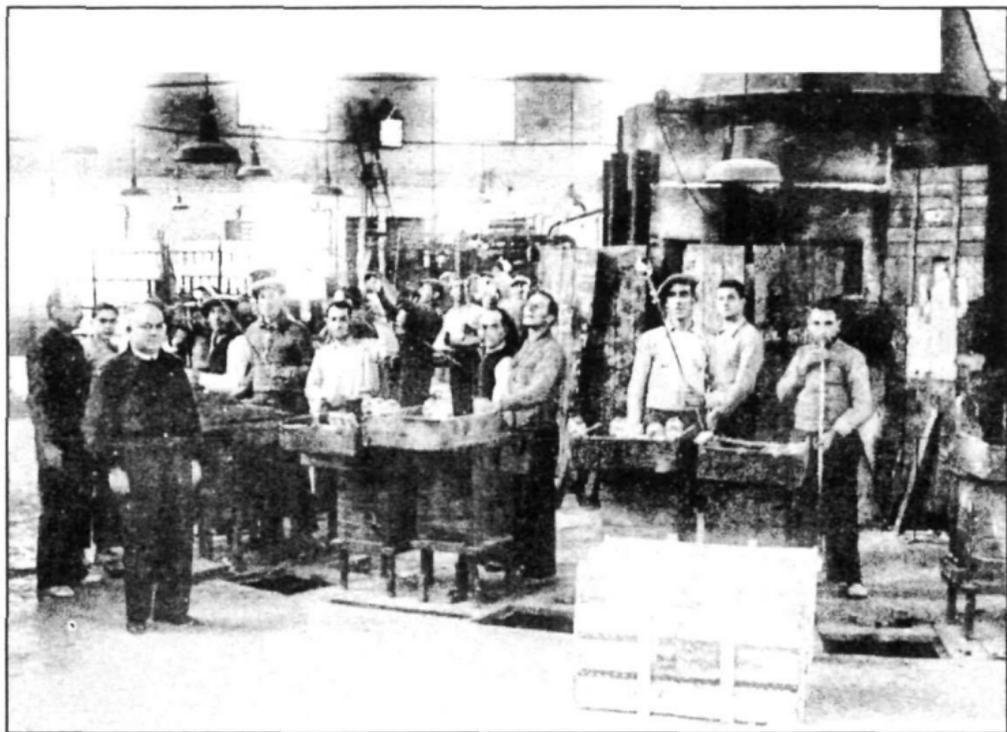


Façana de l'edifici (Rierot, 47) de Cristalleries de Mataró, Soc. Coop., construït als anys trenta. L'actual indústria és al Polígon Mata-Rocafonda.

una Revolución Social ejerce sobre las masas desheredadas un influjo romántico; pero la felicidad de los hombres en marcha hacia el socialismo no se puede confiar a un idílico romanticismo. Desde el fondo de la prehistoria los hombres vienen discutiendo de la manumisión de la humanidad, pero ésta sigue dividida en clases sociales de explotados y de explotadores. En un momento de la historia, Francia y Rusia rompieron el gélido muro de la sumisión e hicieron su revolución. Sin embargo, ¿qué es lo que queda de esas grandes gestas? Aparte de las bellas frases de libertad, igualdad y fraternidad inscritas en los frontispicios de los edificios oficiales y perdidas entre las páginas de unas Constituciones perennemente violadas, las diferencias de clase siguen siendo vigentes porque ninguna de las dos convulsiones políticas que hicieron temblar el mundo no fue completa; porque en ninguna de ellas, detrás de la revolución política, apareció la revolución económica, la única susceptible de conquistar el apoyo de las masas populares y asegurar su perennidad social.

La justicia social reposa en la justa repartición de la riqueza nacional, riqueza que al ser repartida sin la participación y fiscalización de los sindicatos obreros no puede tener otro destino que el de las cajas del Capitalismo y del Estado. Injusta repartición que engendra el descontento social y es el germen de fraticidas enfrentamientos y de universales cataclismos. Principio inmutable sobre el cual Joan Peiró y los vidrieros de Mataró habían injertado su ambicioso proyecto que el fascismo no permitió de llevar a cabo. La idea, como todas las ideas geniales, era simple; el sueño que se perfilaba, partiendo de la tangible realidad de las Cristalerías, era de convertir Mataró en un banco de ensayos sociales, exportando su propio suceso industrial hacia otras esferas de la economía local, facilitando económicamente la creación de una red de colectividades estrechamente unidas entre sí y cuya vida económica sería administrada por un Banco Sindical; empresas colectivas surgidas tras una concertación entre los diversos sindicatos interesados que serían los responsables de los estudios preliminares determinando las posibilidades industriales de los entes colectivos en estudio. Obra de proyección revolucionaria de genuino márchamo anarcosindicalista que podía haber cambiado la faz social de España y que murió en flor el 18 de julio de 1936, asesinada por el fascismo.

Josep Peiró Olives



Operaris treballant en la producció del vidre (1937). El primer per l'esquerra és Josep Estrems, subdirector, membre de la comissió redactora dels estatuts; el tercer, avançat, Joan Peiró (que ja havia deixat de ser ministre); el tercer per la dreta, Zacarias Esteban, membre de la primera Junta de Govern, entrevistat en el programa «Joan Peiró i la justícia de Franco», emès per TV3 el 14 de març de 2003. (Peus de les il·lustracions: J.P.P.).